SIETE POEMAS

ANTONIO FERNANDEZ SPENCER

AMANDO BAJO LA MUERTE

QUE *el paisaje es una*
caricia como de luna,
en tu desnudez lo sabes.

¡Ay!, muerte: te amaré,
te amaré,
como ayer quise a la rosa
y al calor de palomas
de unos pies rosados
en la aurora
sobre un lecho de flores.

Voluptuosos son tus labios, muerte,
como la más roja flor
en un jardín de mujeres.

Muerte, estás de pie
en las figuras que hace el agua
cuando el sol se moja
hermosamente en un beso.

Que el paisaje tiene
una caricia
como de brisa y de luna,
sólo tus ojos lo saben

en esta hora, en penumbras,
en que cada fruta guarda sabor de muerte.

El paisaje puede ser de luna
y de lentos antojos,
para mí que como frutas
junto a la muerte, me es igual.

Igual mordedura doy a la rosa,
y a la manzana y a tu boca.

1946.

TODAS LAS MUERTES JUNTAS

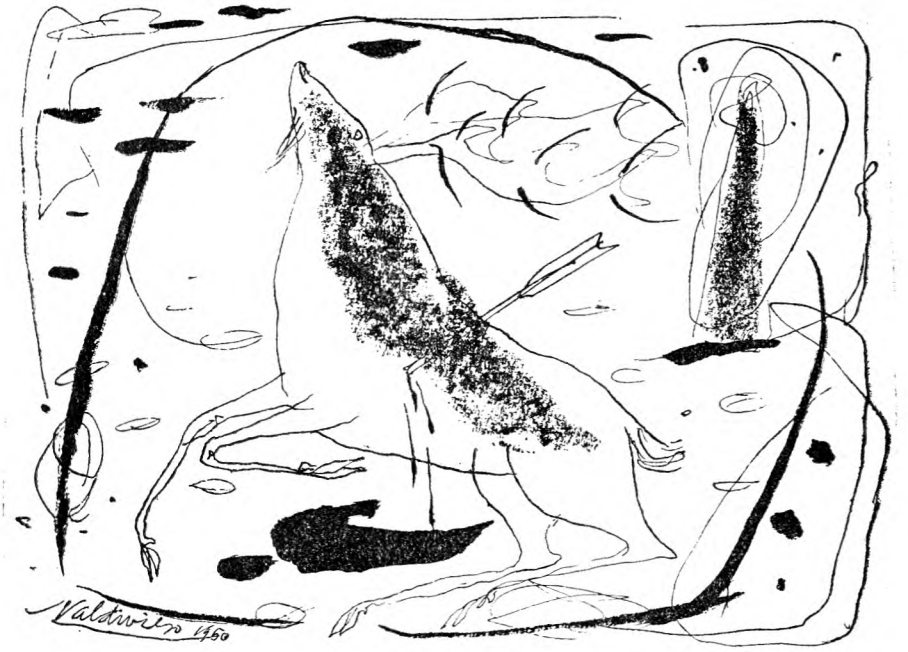
La muerte de Raquel, la muerte de Rebeca:
todas las muertes juntas en un valle de rosas.
Señor, ¿quién crucifica el agua bella y tuya
que suave como un sueño se pierde en la llanura?

Altos árboles tienen su sol de heridas llamas,
su soledad de viento: suspiro de los ángeles
verdes que recorren la savia de los troncos.
Señor, ¿quién guarda el tiempo retenido en tus manos?

Las cómplices estrellas detuvieron mi aliento
y tú, Dios, estabas solo como tiempo olvidado de tu fuente.

Señor, ¿quién hiere al ciervo junto al amor que pasa
bajo imperioso infierno de cenizas mundanas?

Tú llegas de bien pocas y menudas raíces;
vienes de Amor callado, de tierra como cielos derrumbados.



Señor, ¿quién deja en llanto al corazón?
Mi corazón es rosa que se pierde en su herida.

Leves pechos nacidos al sol en las doncellas tímidas:
yo los ví como el agua que remonta el verano.
Quise tener las oraciones del alma y volví con mis ansias.
Señor, ¿quién dió la orden de llevar las doncellas a la muerte?

La muerte está en Raquel y en las hojas de otoño.
La soledad y el mundo luchando noche a noche.
Pude ser como el agua y fuí como la llama enamorada.
Señor, ¿por qué llevan la sed del hombre hasta la muerte?

R. Dominicana,
1946.

ODA A LOS MUERTOS DEL SUR

I

Hubo rosas, nada más; yo las recuerdo
cuando parto de mí, no sé hacia dónde.
La vida fué una flor caída al sur
como cayeron otras perdidas flores
de salvación y olvido.

Recuerdo que en el aire había una desierta
llanura de sombras
y algunas ramas
y mi soledad; ¡ay, mi soledad
cómo me torna solitario!

No quiero que mi soledad surja de mi voz
como crecidos pájaros;
no quiero apoyarme en esos recuerdos
ni bajar al otoño, donde las hojas son seres,
amables seres de una primavera ya extinta.

Yo confundía esa larga región de las lluvias
con quebrados amores
o extensas cabelleras destruídas al alba.

II

¿Para qué pedirle nada a ese cielo sin nubes
que ahora parte de ti?
¡Oh, mi país!, con sus abuelos árboles;
con sus ríos que marchan solos a la muerte.
Van a confundir sus abiertas venas de agua
con el mar solitario.

He visto, al sur de mi país, crecer las yerbas
impulsadas por un soplo de ángeles
y canciones de pájaros.

Los muertos, en mi país, son muertos amables
que no regresan del polvo.
Estánse quietos allí y no preguntan nada.
Los muertos nada quieren después de su reposo.

Yo lo quise, una vez —a mi país— adonde llega
el atardecer de prisa.
Mi país tenía un cuerpo amplio como el otoño;
respiraba dulcemente como en otoño.

III

A veces quiero volver a esa región de vientos y
árboles
y contar a sus altas copas la alegría de vivir
y sentirme nuevo,
como las duras piedras mojadas del recuerdo.
Caer allí,
atravesada la voz por el viento poblado del amor.

Pero ya nunca volveré a esa región
donde jugué con Dios en la infancia.
Ninguno me conocerá:
estoy bajo este nombre combatido por el tiempo;
aun guardo el recuerdo de las manos del sur.

¿Quién canta en la enramada,
bajo la voz que se aleja?... Ya nada puedo recordar.
Ella cayó como la primavera.
En el sur,
donde los muertos no tornan del polvo.

R. Dominicana.
1946.

EL MUERTO EN EL MAR

Se iba cayendo muerto entre las baldosas y el polvo
de los caminos.
Era un hombre —con el pecho bajo el sol de sep-
tiembre—;
un hombre con su casa, su mujer, su viento
que movía rosales y tal vez el cielo.

Iba como un náufrago entre las cosas;
parecía un muerto de muchos días:
sin gaviotas que chillaran sobre el mar,
y era como el hondo movimiento de las mareas.

Bello había sido; las mujeres lo habían rondado.
Ahora está casi roto mientras sus zapatos suenan
por las calles y en los corazones de los transeúntes.
Ahora su voz lleva las estrellas apagadas del cielo.

Un viento extraño y negro
se apodera de la corriente de sus huesos;
se va hundiendo en la soledad del cielo
y su memoria aun recoge los campos.

Bellos campos con muchachas que se pierden para
siempre en el alba
—dicen sus labios—, y ve volar por sus ojos a las
gaviotas
y el mar se le sube como un juego a las carnes
pasajeras.
Aquí amé —piensa—; en este mundo brillante que
se pierde,
y nuevas gaviotas le llenan el corazón
y nuevos mares cantan con las palabras de sus olas.

Se le iba cayendo muerto el traje, la voz,
los ya difuntos bolsillos, los botones de agria voz
blanca
entre el abrazo solitario del ojal sin ternura.
Se le iba apolillando la voz; la iba dejando en viejos
anaqueles.

Ah, sí, pero el mar estará allí para siempre
y las golondrinas, al volar, pondrán una mancha
negra en el azul de sus ojos,
y el mar morirá un poco en él, pero estará allí para
siempre,
y los árboles también morirán con él, pero aun con-
servarán su fuerza en el mundo.
Ah, las mujeres vendrán a lavar al río sus blancos
senos de nieve
y siempre habrá en el mundo mujeres
y él estará siempre muerto sin remedio.

Se le iba muriendo la casa, la habitación,
los libros, los versos de un poeta.
Sólo le quedaba la voz entre las olas viejas del mar.

Madrid, 1949.

LA MUERTE

A Manuel del Cabral.

La muerte viene, sí, con resplandores,
con el hueso del hombre de la esquina;
trae las discusiones del periódico, la política,
el nudo aquel del vino
que ahogaba, a voces, al gendarme.

La muerte viene, hoy, ejemplar, enérgica
en el desgarrón de este mi solo traje;
se le cayó un botón a la dulce camisa de mi amigo
y en él la muerte estaba, sudorosa,
con su cálculo máximo, matemática,
comiéndose al botón,
las coles, las manzanas de esta venta.

Y las pobres mujeres, los soldados,
lo vieron tercamente pararse en las esquinas
y decirles: "No hay paso para ustedes",
enseñando su cuerpo de hojas secas,
sus huesos sin milagros, su alma seca.

La muerte se ha metido en los teatros,
en los taxis de agosto, en el invierno puro
de diciembre,
en las relojerías donde fabrican el tiempo de las
gentes,
en la Gran Vía. Allí comió muchachas ejemplares,
dejó un hueco, no notado por nadie.
Quemó un verso, purísimo, en el aire.
Se sentó en "California", comió helado.

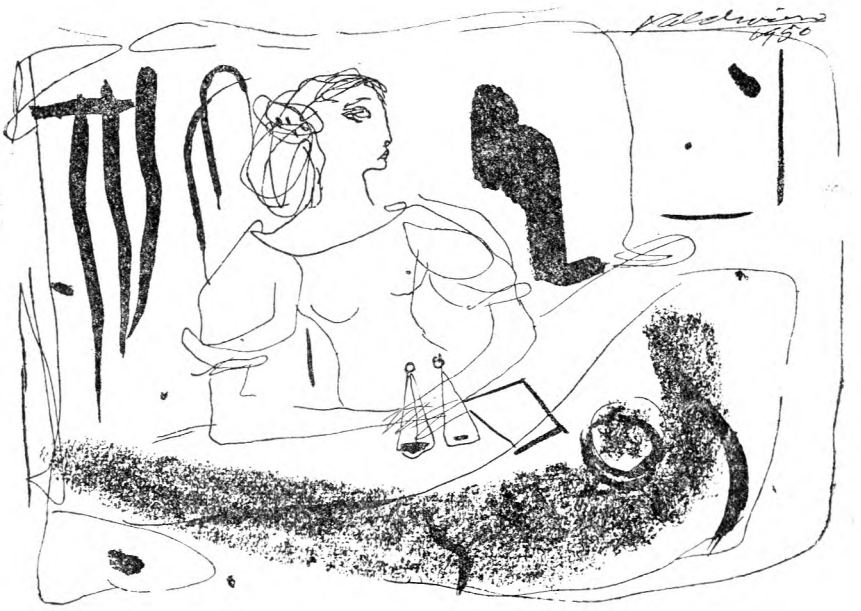
La muerte está de fiesta, en la taberna,
donde quema gitanos, donde bebe un coñac extraño,
extraño,

donde se toca el beso y la palabra
y allí se abre los pómulos del amor,
la sangre, los ruiseñores tímidos, las hojas
y el cigarrillo ardiente como un beso.

La muerte está en pie, conversa con el hombre,
le sostiene, le da el sentido de las cosas;
le dice: "recuerda que soy,
que soy tu amiga inolvidable,
intransferible, tuya, como tu sudor,
la fuerza de tus ojos, tu palabra.
Sufro, me bebo el vino que tú bebes.
Me bebo el llanto que tú bebes.
Que soy tan tuya como tú,
tu carne, la podredumbre lenta de tus huesos."

Y así habla la muerte, todo el día,
y su palabra tumba hojas, llantos, besos,
deja el amor quemado en cada puerta de madera.

Madrid, 1948.



LOS MUERTOS

A Luis Rosales.

Oh los muertos, leves pasajeros,
se han ido;
no, están todos los días, pasan
por los mismos caminos
donde van mis pasos.

Aquel piensa y habla aún,
hace canciones, se enamora
y llega todas las tardes
a mirar los paisajes en el río.

Es un muerto tranquilo, melancólico,
de bella voz. A veces parece un gran maestro
de árboles. Se va despacio al borde del camino
y ve caer las hojas en el viento ligero
mientras sonríe dulcemente, tranquilamente,
como si hubiese escrito un buen poema.

Tiene hijos, ama y besa
y sabe que su tumba está fijamente en el tiempo,

pero no pierde la oportunidad de conversar con la
aurora.

Sabe que vivir es una operación difícil
y sin embargo acepta que el aire mueva las cortinas
de su casa,
le cierre la honda ventana donde ve pasar,
muchas veces, el grave campo con sus tiernos
aromas.

Oh sí, él es un muerto que tiene su fecha en los
calendarios
y mira la luz, y sabe que quedarán ruiseñores
cantando
cuando ya sea polvo. Y que habrá, aún, durante
mucho tiempo ríos
y que hablarán de él diciendo que era una buena
persona.

Otros muertos irán contando sus historias por
el mismo camino
y siempre habrá una novedad en lo que digan,
sus auroras serán las mismas auroras diferentes
y ellos amarán la vida, elegirán muchachas de rojas
mejillas,
comerán jugosas frutas a la orilla del camino
donde antiguos muertos, para siempre, suavemente
han pasado.

Madrid, 1949.

YO TE LO DIGO, CORAZON

ESTO *es horrendo:*
contemplar mis ojos,
contemplar mis zapatos,
contemplar esa rosa
que nace en mi alma entera
y decirle a los aires:
"sed vosotros la vibrante semilla de mi muerte,
de mi muerte en mi bella camisa,
en mi mujer que aguardo
y en los niños que aun no me han nacido".

Es horrendo ser tan honrado bajo el sol,
beber, jugar con los muchachos de ojos bajos
y desear esos pechos blancos
en que la muerte da saltos de palomas.

Es inútil detener mi fusil,
el esqueleto enfermo de mi cuerpo;
es inútil sin ser llamado irse al paraíso
y tener esta suerte y este dinero
que dando un grito exclama:
"Dónde el hombre, dónde la mujer
se muere
por tu placer
o intensas alegrías de ricacho."

Es inútil abrirse el corazón en los mercados
y gritando decirle al hombre enfermo:
"en él lucha la muerte con la vida".

Y qué feo es mirarse el esqueleto lleno de gusanos
y estar alegre aquí con esta muerte,
con el vecino al lado,
el que junto a la muerte está llorando con sus ojos,
con su voz, con sus grandes embustes en la boca.

Yo te lo digo, corazón,
y a ti, mi humilde zapato solitario que has pisado
una rosa,
que has pisado indiferente las huellas del dolor,
yo te lo digo cuando estoy a solas con mis versos:
¡que qué feo es contemplarse uno
tan horrendamente bueno!

Madrid, 1949.

Antonio Fernández Spencer.
Vicente Celestino Duarte, 37.
CIUDAD TRUJILLO (R. D.).